

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

EL FRACASO DE PUEBLA EN 1923

UNA PENOSA CAMINATA A TRAVÉS DE LAS HUASTECAS

CAPÍTULO XIX

Hacia cuarenta y ocho horas que el general Antonio I. Villarreal había ocupado la ciudad de Puebla, cuando llegó a la plaza el general Cesáreo Castro, al frente de ochenta jinetes. Castro se había sublevado en Orizaba y llegaba a Puebla a incorporarse a las fuerzas del ex secretario de Agricultura, quien desde luego lo designó comandante militar de la plaza.

Al día siguiente entró a Puebla la vanguardia de la columna del general Fortunato Maycotte, quien juntamente con el general Manuel García Vigil, se había pronunciado en Oaxaca. La vanguardia era al mando del general Fortunato Reyes.

Apenas reforzado así el general Villarreal, los federales, a las órdenes del general Almazán, trataron de recuperar la plaza. Los revolucionarios toma-

Las rupturas en el constitucionalismo

ron posesiones en el puente de Los Arcos, en donde fueron atacados por los federales que después de un reñido encuentro se retiraron dejando en el campo una buena cantidad de pertrechos de guerra, mientras que numerosos soldados se les desertaban para engrosar las filas de Villarreal.

OBREGÓN SE PREPARA

Pocas horas después de ese combate llegó el general Fortunato Maycotte, quien desde luego, junto con Villarreal, se dispuso a estudiar un plan de defensa, ya que se habían recibido noticias de que el general Obregón estaba organizando una columna de diez u once mil hombres para atacar a Puebla.

Tanto Villarreal como Maycotte estimaron, al recibir estos informes, que pocas probabilidades de triunfo había en una campaña campal, cuando bajo sus órdenes sólo tenían mil quinientos soldados que habían llegado de Oaxaca, más mil voluntarios que había organizado Villarreal en Puebla.

Por esta razón, los dos generales resolvieron dirigirse a Maltrata en donde tenía establecido su cuartel general Guadalupe Sánchez, con el objeto de combinar un plan de acción contra las fuerzas del general Obregón.

Villarreal y Maycotte expusieron a Sánchez su situación, y éste propuso que llevara a cabo un avance sobre la vía férrea del Interoceánico y del Mexicano, con el objeto de evitar que Obregón se precipitara sobre Puebla, mientras que Maycotte ordenaría una rápida concentración de los elementos que tenía en Tehuacán y Amozoc para resistir la embestida del gobierno.

Los dos generales regresaron al estado de Puebla, con la confianza de que el general Sánchez procedería a hacer el movimiento acordado a la mayor brevedad posible, pero al llegar a Chachapa, supieron que Sánchez no había avanzado como lo había prometido y que el general Obregón, hábil y rápidamente, había cargado sus diez mil hombres sobre Puebla, plaza que había ocupado tras de breve combate con los revolucionarios a las órdenes del general Castro.

Años más tarde, el general Villarreal preguntó al general Sánchez la causa por la cual no había ordenado el avance de sus tropas para salvar a Puebla, a lo cual don Guadalupe le aseguró que había tenido que suspender el movimiento por órdenes directas que había recibido en tal sentido por don Adolfo de la Huerta, jefe de la revolución.

PLANES FUTUROS

Ocupada la ciudad de Puebla, y habiendo quedado el frente de batalla en el oriente de México al mando directo del general Guadalupe Sánchez, el general Villarreal resolvió trasladarse al norte del país, para lo cual pensaba llevar quinientos o mil hombres con los cuales desembarcaría en Soto La Marina. Para realizar este proyecto, Villarreal fue al puerto de Veracruz a hablar con don Adolfo, quien aprobó el plan en todas sus partes.

Para la expedición que proyectaba, el general Villarreal contaba con un contingente de juchitecos que había puesto a sus órdenes el general Palma; pero habiendo sido aprovechadas estas fuerzas sobre la vía del Mexicano, la organización de la columna se fue retrasando, y el general pasaba días desesperado en Veracruz debido a la inactividad en que se encontraba.

Las fuerzas federales, entre tanto, avanzaban sobre el estado de Veracruz, arrollando a los generales Sánchez y Maycotte, y ya sin esperar a los juchitecos, Villarreal organizó una pequeña columna de doscientos hombres y salió para la Huasteca hidalguense desde donde se abría paso hasta el norte de Tamaulipas para operar después en el estado de Nuevo León.

Llegó Villarreal a la Huasteca, en donde se le incorporaron Manuel Lárraga y Manuel Martínez Herrera con unos quinientos hombres; pero cuando el jefe de la expedición hizo saber a Martínez Herrera su propósito de seguir hacia el norte, Martínez le indicó que no se contaría con su gente, porque la mayoría eran rancheros de la región que jamás quiere abandonar sus terrenos.

Como esto no podía acabar con los planes de Villarreal, éste optó por continuar con las fuerzas que llevaba y las del general Lárraga pudiendo organizar una columna como de cuatrocientos hombres.

NOTICIAS DESCONSOLADORAS

Mientras que marchaba al norte, Villarreal recibió noticias desconsoladoras sobre los fracasos de la revolución en diferentes partes del país. Los núcleos delahuertistas más poderosos habían sido batidos y derrotados por los gobiernistas, y el general Obregón aparecía victorioso en toda la República.

En Huejutla, Hgo., el general Villarreal se detuvo varios días, no sólo para esperar a algunos jefes revolucionarios que le habían prometido que allí se le

Las rupturas en el constitucionalismo

incorporarían, sino también para conferenciar con el general Marcial Cava-
zos, quien después de haber obtenido una serie de brillantes victorias se había
retirado a las cercanías de Huejutla para reorganizar sus contingentes.

Viendo que los jefes que habían quedado de incorporársle no llegaban, el
general Villarreal dio órdenes para continuar la marcha, tratando de cruzar
el río Pánuco entre El Higo y Pánuco, sin tomar contacto con los federales
que ocupaban esta última población.

El paso del río ofreció desde el primer momento grandes dificultades, de-
bido a su impetuosa corriente y a que los revolucionarios no habían podido
encontrar más embarcaciones que cuatro cayucos. Uno con capacidad para
cinco pasajeros y los restantes para tres. La maniobra para que los cuatrocien-
tos rebeldes pasaran el río a bordo de los cayucos y llevando a sus caballos a la
brida, tenía que hacer muy peligrosa, como se vio desde el primer momento,
ya que los primeros cinco hombres que se embarcaron en el cayuco mayor
fueron arrastrados por la corriente, desapareciendo para siempre.

SORPRENDIDOS

Sin embargo, con lentitud, los rebeldes hubiesen podido pasar el río, a no ser
que apenas iniciadas las maniobras aparecieron cerca de 300 federales que se
lanzaron briosamente sobre la gente de Villarreal.

Considerando que su situación era crítica en extremo, teniendo al enemigo
al frente, mientras que su retirada estaba cubierta por un caudaloso río, el ge-
neral Villarreal se aprestó a la lucha, tomando desde luego la ofensiva. Cerca
de dos horas duró el combate, hasta que Villarreal logró flanquear a los ata-
cantes, poniéndolos en fuga. Ya así pudo pasar el río, y continuar la marcha.

Pero a partir de ese momento, los federales siguieron los pasos de la co-
lumna rebelde. Ésta tenía que hacer grandes jornadas, caminando desde el
mediodía hasta las dos o tres de la mañana del día siguiente, cuando se les
daba a los soldados un poco de reposo.

Al entrar a la Huasteca potosina, la situación de la columna era más difícil.
El gobierno federal, teniendo localizado a Villarreal, concentró cerca de cinco
mil hombres en la Huasteca. Sólo la abnegación, el valor y el conocimiento
del terreno que tenía el general Lárrega salvó a los revolucionarios de
perecer en alguna emboscada.

PENOSAS CAMINATAS

El tener que estar evitando el encuentro con los federales hizo que los rebeldes tomaran las veredas más extraviadas. A veces, el general Lárrega, que guiaba a la columna, hacía que los soldados abriéndose paso entre la selva, se internaran en la espesura de los bosques, en donde podían descansar con la seguridad de que ni los rancheros de la región darían con ellos.

Pero aquellas caminatas, aquel constante ir y venir para evitar un encuentro formal con el enemigo había debilitado a la columna. Muchos soldados quedaban rezagados para no volver más al lado de sus compañeros; los caballos caían rendidos; los alimentos empezaban a escasear.

A los diez o doce días de marcha, de cuatrocientos hombres, la columna de Villarreal había quedado reducida a poco más de doscientos, de los cuales cerca de ochenta eran generales, jefes y oficiales que se habían alistado en Veracruz y la Huasteca hidalguense, para ir a combatir al norte del país.

UN SERIO PROBLEMA

Un paso había que vencer. Era éste el de la vía férrea de San Luis a Tampico. Los exploradores de la columna habían informado al general Villarreal que todas las brechas que cruzaban la vía, y por las cuales tenían que aparecer los rebeldes, estaban perfectamente vigiladas, de tal manera que a la aparición de la columna, tres o cuatro mil hombres podrían ser lanzados sobre ella.

Sin embargo, había que continuar hacia Nuevo León, y Villarreal, poniéndose al frente de sus hombres, se lanzó sobre los federales que patrullaban sobre las brechas y la vía férrea, y después de un terrible encuentro, los rebeldes pudieron salvar el obstáculo y seguir su camino. Habían, ciertamente, logrado cruzar la vía férrea; pero Villarreal comprendía que aunque victoriosos, habían quedado perfectamente localizados por las fuerzas del gobierno.

Caminando entre la manigua, pasaron diez largos días. La caballada había quedado totalmente inutilizada. Un día Villarreal supo que apenas se contaba con dos o tres caballos en regulares condiciones; muchos eran los soldados que habían desertado. Generales, jefes y oficiales, revueltos con las clases, marchaban a pie, hambrientos, agobiados por el cansancio, con las ropas desgarradas.

Las rupturas en el constitucionalismo

EN QUINTERO, TAMAULIPAS

Por fin, la pequeña columna llegó a Quintero, Tamaulipas, en donde pudieron encontrar alimentos y en donde el jefe de la columna se propuso dar un descanso de varios días a sus acompañantes.

Al pretender un descanso en Quintero, el general Villarreal ordenó a los generales Pablo Rodríguez y Luis T. Mireles que establecieran un buen servicio de vigilancia en los contornos de la población, y evitar cualquier sorpresa.

Habían llegado los revolucionarios a la población en las primeras horas del día, y la mayor parte se había retirado a descansar desde el mediodía.

Como a las cuatro de la tarde, se presentó el general Mireles al general Villarreal, preguntándole éste si ya estaban establecidos los servicios de vigilancia. Mireles pareció titubear, respondiendo al fin que así lo había asegurado el general Pablo Rodríguez.

Inconforme con la vaga respuesta del general Mireles, Villarreal resolvió ir personalmente a cerciorarse de que los puestos en las avanzadas estaban debidamente establecidos, y para no perder tiempo en que le ensillaran su caballo, montó en el caballo de un teniente coronel y partió acompañado solamente con Mireles.

Atravesaron el pueblo y tomaron el camino por donde habían llegado, sospechando Villarreal que si no había suficiente vigilancia por ese rumbo podían ser sorprendidos por las fuerzas federales que seguramente seguían las huellas de la columna rebelde.

ENEMIGO AL FRENTE

Iban caminando poco más de medio kilómetro por una brecha, cuando a unos dos o trescientos metros de distancia advirtieron una fuerza de caballería.

—*¿Y esa gente?* —preguntó Villarreal a Mireles.

—*Ha de ser nuestra, quizás acaban de relevarla del servicio* —contestó Mireles.

—*No; es el enemigo...* —dijo Villarreal.

Y no acababa de decir estas palabras, cuando los desconocidos hicieron sobre los dos generales una nutrida descarga y a continuación avanzaron sobre ellos, aunque no con rapidez, debido a que la maleza dificultaba el paso de la caballería.

Villarreal y Mireles vaciaron sus pistolas sobre el enemigo y volviendo grupas regresaron violentamente a Quintero.

La descarga de fusilería hecha por los federales fue escuchada en la población, e inmediatamente los revolucionarios se dispusieron a la defensa de la plaza. La vanguardia de los federales, formada por campesinos conocedores del terreno, siguió muy de cerca a los generales Villarreal y Mireles, quienes desde luego se pusieron al frente de sus tropas. Villarreal ordenó al general Canovas que parapetara a su gente tras una larga cerca de piedras, recorriendo violentamente los diferentes puntos de defensa y dando órdenes para resistir el ataque.

En menos de diez minutos los federales atacaban por todos lados a la plaza, pudiendo ver Villarreal cómo el enemigo desprendía a su caballería para cortar la retirada a los rebeldes en caso de que intentaran abandonar la población.

EN PLENA LUCHA

Quintero se encuentra al pie de la sierra de Carretas, a la cual ordenó Villarreal que se retirara la gente después de haber combatido por espacio de una hora, cuando fue informado de que los atacantes recibían constantemente refuerzos.

Empezaron los revolucionarios a replegarse, pero los federales atacaban con mayor furia, comprendiendo que la lucha ya en la serranía, sería más difícil y los rebeldes obtendrían posiciones inmejorables.

Era el general Manuel Lárraga, como buen conocedor del terreno, el encargado de guiar a los rebeldes; pero en una embestida que dieron los federales, la columna de Villarreal quedó dividida, viéndose el jefe en difícil situación, ya que la mayor parte de los atacantes cargaron sobre él, viendo cómo caían soldados y oficiales a su lado.

El grupo que acompañaba al general Villarreal se detenía de vez en cuando haciendo una vigorosa resistencia, pero después continuaba ascendiendo por la sierra. Hubo un momento que Villarreal quedó acompañado solamente de diez o quince hombres. Su ayudante, el teniente coronel Mateo Hinojosa, acababa de perder su cabalgadura y pidió al general que le permitiera montar en ancas de su caballo, ya que de otra manera quedaría en poder del enemigo.

Las rupturas en el constitucionalismo

Accedió a ello Villarreal, pero apenas había montado Hinojosa cuando el caballo del jefe de los revolucionarios cayó herido, quedando bajo el animal tanto el general como su ayudante.

ABANDONADO POR LOS SUYOS

A la caída de Villarreal, sus últimos acompañantes, creyéndose perdidos, emprendieron la fuga. Villarreal, amenazante, quería que varios rebeldes que se encontraban próximos al lugar donde había caído le ayudaran a salir de su situación, ya que el enemigo se encontraba a unos cuantos metros de distancia y hacía nutridas descargas. Minutos de ansiedad pasó Villarreal abandonado por los suyos, hasta que llegaron el ingeniero Revilda y los coroneles Espada Rendón y Guerra, quienes exponiendo su vida levantaron a Villarreal y a Hinojosa.

Villarreal había sufrido una grave lesión en la pierna derecha, pero dispuesto a vender cara su vida, atrincherándose y exhortando a sus soldados, pudo reorganizar a su grupo, batiéndose así hasta la entrada de la noche.

Los federales, temiendo caer en una trampa, se abstuvieron de continuar avanzando debido a la obscuridad reinante, lo cual fue aprovechado por Villarreal para seguir ascendiendo a la cresta de la sierra en donde creía poder reunir a los dispersos y organizar una pequeña columna.

Caminando con gran dificultad debido a la lesión sufrida, el general llegó a la altiplanicie y buscando a sus subordinados, descubrió que no tenía más que tres compañeros: el teniente coronel Hinojosa, un ferrocarrilero apellidado Arroyo y un mayor.

(Continuará el próximo domingo)

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 29 de marzo de 1936, año x, núm. 196, pp. 5-6.